

1180
Santiago, 14 de octubre de 1944.

Señor don
Jorge Rogers S.
Presente.-

Estimado Jorge:

He meditado larga y serenamente tus proposiciones. Y, como te adelanté el martes, lo he hecho con la más favorable disposición.

Tres motivos me inclinaban, en un principio, hacia una respuesta afirmativa.

En primer término, la desconfianza que las constataciones que he hecho en el último tiempo me han producido respecto del Partido Socialista, desintegrado por personalismos y pequeñeces y falta en absoluto de auténticos dirigentes, de hombres de moral firme y pensamiento amplio, han dejado a la Falange como el único grupo en el cual yo podría actuar a gusto.

Luego, tu observación acerca de la identidad de nuestras reacciones ante los acontecimientos de los últimos dos años, me indicaba claramente que no me sentiría extraño a vuestro lado, sino que estaría como en mi propia casa. Esta idea me ha dado muchísimo que meditar y me pareció importante en cuanto prueba una afinidad de pensamientos y sentimientos que es, sin duda, uno de los lazos fundamentales que mantienen la unidad de los grupos políticos. Ella me afirmaba en tu razonamiento: si los diversos hechos de la vida pública determinan en nosotros las mismas actitudes prácticas, lo lógico es que actuemos juntos; al hacerlo, contribuiremos a disminuir la confusión que reina en el ambiente de nuestros partidos y a clarificar la política chilena.

Por último, el íntimo deseo de colmar el vacío de mi vida presente con una tarea ideal que dé otra vez calor y sentido a mi existencia, fría y limitada ahora por una consagración exclusiva a la actividad profesional, me invite a embarcarme en cualquiera empresa que sea capaz de alimentar e fuego de una pasión, y la que tú me ofreces es precisamente de esa clase.

Sin embargo, a pesar de todo esto que me inducía a acoger tu sugerencia, yo notaba que me faltaba algo para hacerlo, algo que me decidiera, algo que me diera fuerza y valor, algo que me aclarara el camino con otra luz que la de los razonamientos y las conveniencias. Después de mucho argüer he descubierto que ese algo es la fé.

No necesito decírtelo porque tú lo sabes mejor que yo: para hacer de veras cualquier cosa noble y grande, se necesita antes que nada fe, confianza, pasión. Así, para actuar honrada y eficazmente en la vida política, para hacer a ella un aporte útil, que no signifique mayor confusión ni nuevas prostituciones, es preciso tener primero una verdad, creerla firmemente, sentirla con entusiasmo y con fervor.

Ahora bien; yo, desgraciadamente, no tengo una verdad; todavía no encuentro la mía, ni alcanzo a posesionarme de la que vosotros me ofrecéis.

Estoy desorientado. Miro a mi alrededor y lo veo todo obscuro, caótico, sin perfiles ni arquitectura; miro hacia el porvenir y me pierdo ante un mundo de posibilidades de entre las cuales ni me atrevo a insinuar cuál plasmaré en realidad. El fin de la guerra ha de traer fórmulas inesperadas; acaso el mundo actual encuentre, al cabo de tantos sufrimientos, el remedio de sus problemas. Pero ninguna de las soluciones que hoy se ofrecen me parece asentada en terreno firme; en ninguna diviso el germen de la sociedad futura.

Lo peor del caso es, a mi juicio, que no sólo yo estoy desorientado (A lo mejor esta creencia es fruto de mi propia desorientación). Se me ocurre que vosotros también lo estáis. Así me lo dice vuestra política frente a los planteamientos comunistas y, en especial, todo lo que tú me has dicho al respecto. ¿Qué es lo que pensáis? ¿Qué propiciáis? ¿Cuál es vuestra solución?— Las cambiantes circunstancias de la política cotidiana no os han permitido definir sino unos cuantos trazos fundamentales, pero más o menos vagos, del idealario falangista, y a pesar de vuestros veinticuatro puntos estoy cierto que aún no habéis precisado los contornos del edificio que queréis construir. Vuestras palabras suenan muy bonitas, son sinceras y valientes, son justas y sensatas; pero no se vé claro a través de ellas. De aquí que no atribuya una gran importancia a nuestra identidad de reacciones y pareceres ante ciertos acontecimientos; puede que ella sea sólo una identidad en la desorientación, identidad proveniente de un fondo de buen sentido, de una honradez juvenil y un espíritu de justicia comunes en vosotros y yo.

En estas circunstancias, falto del fuego interno de la fe que me empuje hacia adelante, no puedo ni debo ingresar a la Falange, y de nada serviría que lo hiciera. Los motivos que a ello me inducen y que al principio exuse me parecen, frente a esto, tan sin importancia como la advertencia que tú nos hacías, a Felipe Herrera y a mí, en orden al número de diputados que esperaréis obtener. Son todas ellas razones semejantes a las que determinan los llamados matrimonios de conveniencia. Proceder en mérito de ellas sería hacer lo que el hombre ya maduro que, deseoso de formar un hogar para vivir tranquilo, pero falto de toda pasión por una mujer determinada, busca entre sus amigas una que por su afinidad de carácter, sus virtudes o su riqueza pueda ser buena compañera, en la esperanza de hallar en ella una esposa solícita y de que acaso con el tiempo pueda llegar a amarla.

Bien sé que tú, Frei y demás dirigentes falangistas, hombres todos de verdades profundas, que hacéis carne en vuestra carne la causa porque lucháis, no me pediríais semejante cosa ni me perdonaríais que haciéndola corrompiera vuestra Falange. Y yo puedo asegurarte que sin fé y sin pasión, sin entusiasmo y confianza, no podría hacer nada útil por empresa alguna, y que jamás me atrevería a proclamar una verdad de la cual no estuviera plenamente convencido.

En estos instantes yo sería un pésimo falangista, porque carezco de fe en la Falange; porque no creo en ella como creen los falangistas; porque a pesar de la enorme y cordial simpatía que le profeso, no puedo dejar de sentir escepticismo a su respecto.

No quiero ser en nuestra magnada realidad política uno más de aquellos a quienes con tanta indignación he censurado siempre, que no saben por qué están en el lugar donde se encuentran, que no sienten en su médula la posición que adoptan, y nos gritan diariamente palabras de las cuales no se han preocupado antes de convencerse ni reconocen ellos mismos como auténticas verdades. Estos hombres ¡y Dios sabe cuántos son! hacen mucho daño a Chile. Antes que ser como ellos, prefiero quedarme en mi escritorio, entregado a los pleitos y al Derecho.

Pero no creas que carezco del anhelo y la ambición de actuar. Las ocupaciones profesionales no me llenan por sí solas; no satisfacen toda mi vocación. Habita en mí una intensa necesidad de lucha, y guardo mil potencias para ella. Siento mi responsabilidad y tengo la conciencia de que mi absoluta limpieza y el equilibrio de mis facultades pueden ser útiles a mi patria y a mis semejantes; creo que mi deber es ponerlas a su servicio y espero que llegue la ocasión de hacerlo.

No participo, pues, de tu temor de que yo ya esté perdido para toda causa generosa, para toda empresa política de envergadura; de que ya no deba esperarse nada de mí en este sentido. Por el contrario, puedes estar cierto de que el día que encuentre mi verdad, o reconozca una cualquiera como propia, que el día en que un estímulo poderoso me urja a una decisión, no serán necesarias invitaciones ni requerimientos para que me lance a la lucha, alegre, resuelta y espontáneamente.

Ya te he dicho que hoy no tengo esa verdad. Tampoco existe ese estímulo. Pues has de comprender que no lo es bastante tu deseo de que al asumir la Vice-presidencia de la Falange, Felipe Herrera y yo estuviéramos a tu lado. Créeme que te agradezco en lo que vale esta prueba de confianza y de cordialidad; pero tú bien sabes que las actitudes políticas no pueden decidirse por razones de amistad. Por mucha que te profese, no puedo seguirte sino en una empresa cuyos objetivos, claramente definidos, sienta como míos.

Tú, que tienes fé y sabes lo que quieres, no has de trepidar en una tarea porque te falta el modesto auxilio de dos desorientados. Con o sin él, emprenderás tu lucha. Y acaso el día en que la definas ella colme nuestros anhelos y nos comunique tu fé. Si así ocurriera, ten la certeza de que llegaré por mi mismo, con infinita alegría, a luchar a tu lado. Pero mientras no suceda, no puedo ofrecerte otra cosa que una amigable colaboración para pequeñas tareas concretas con las cuales me identifique. Si de algo puede esto servirte, te ruego que cuentes con ello.

Perdóneme, Jorge, la extensión de esta carta, y su ruda franqueza. Estoy cierto de que me comprenderás, y contigo Eduardo Frei, a quien te pido agradezcas su generoso ofrecimiento, que mucho me honra. Es satisfactorio en hábito grado contar con la confianza y amistad de hombres como vosotros, y yo, que creo ser también de una sola pieza, me limito a actuar en este caso como vosotros mismos lo habrías hecho.

Te saluda cordialmente tu afectísimo amigo